

Imágen, y con pié diestro y ligero
 Acerca deste altar y ara sagrada
 Traerte al rededor tres veces quiero;
 Que el número de tres al cielo agrada.
 Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
 Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
 Añuda, oh Amarilis, con tres nudos
 Cada uno destes hilos colorados;
 Añuda ya, y no estén los labios mudos;
 Di en cada nudo destes por tí dados:
 «Nudos de amor estrechos, ciegos, crudos,
 Nudos de amor doy firmes y añudados.»
 Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
 Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
 Así como esta cera torna blanda,
 Así como este barro se endurece,
 Y un mesmo fuego en ambas cosas anda,
 Y juntamente seca y enternece;
 Así tu amor conmigo á Dafni ablanda,
 Y para las demás le empedernece.
 Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
 Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
 Esparce ese batido de harina,
 De farro y sal mezclada, en esa llama;
 Aquel tierno laurel aquí arecina,
 Y con sagrado fuego aquí lo inflama.
 Dafni crudo me abraza á mi mezquina,
 Yo quemó en su lugar aquesta rama.
 Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
 Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
 Cual la novilla, de buscar cansada
 Al toro por los montes, junto al río
 Se tiende dolorida, y olvidada,
 No huye de la noche ni del frío;
 Así me busques Dafni, así buscada,
 En pago del amor te dé desvío.
 Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
 Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
 En los pasados años aquel ciego
 Y desleal me dura estos despojos,
 Entonces caras prendas, dulce fuego,
 Agora crudos y ásperos abrojos;
 Aquestos, tierra, agora yo te entrego,
 Porque le restituyas á mis ojos.
 Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
 Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
 También estas ponzoñas producidas
 En Ponto, porque el Ponto es fértil dellas,
 De su lugar las mieses traducidas,
 Y vuelto en lobo al Meris vi con ellas;
 Al Meris, que las vidas fenecidas
 Reduce á ver la luz de las estrellas.
 Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
 Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
 Esta ceniza coge y saca afuera;
 Adonde el agua corre vé alcanzalla;
 Por las espaldas la echa, y vén ligera;
 No mires Amarilis al echalla.
 Con esto tentaré aquel alma fiera;
 Mas ¿qué canto ó qué Dios podrá ablandalla?
 Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
 Y vuelve de la villa á Dafni á casa.
 ¿No ves que las cenizas alzan llama
 En cuanto me detengo? Por bien sea.
 ¡Ay, que yo no sé quién es, que alguno llama,
 Que la perrilla en el portal vocea!
 ¿Si viene por ventura, ó si quien ama,
 Soñando finge aquello que desea?
 ¡Ay! pon á tu camino, pon ya tasa,
 Conjuro; que mi Dafni es vuelto á casa.

ECLOGA IX.

Licidas, Meris.

LICIDAS.

¡Adó, Meri, los piés te llevan hora?
 ¿Por caso vas adó va este camino?
 Por ventura á la villa vas tú agora?

MERIS.

¡Oh Licida! Por nuestro mal destino
 Hemos á ver vivos allegado
 Lo que en el pensamiento nunca vino.
 A que nos diga un malo, apoderado
 De nuestras heredades sin mesura:
 «Id fuera; que esto todo á mi me es dado.»
 Y así que se le vuelva en desventura,
 Le envío triste agora estos corderos,
 Pues todo lo trastorna la ventura.

LICIDAS.

Oyera yo que desde los oteros
 De do vienen las cumbres y collados
 Hasta del haya y agua los linderos,
 Que todos estos pastos y sembrados,
 Por medio de su verso y poesia,
 Fueron á tu Menalca conservados.

MERIS.

Oirias lo que ansina se decia;
 Mas versos entre armas pueden tanto,
 Como contra el leon el ciervo haria.
 Y si ya la corneja con su canto
 A fenecer los pleitos como quiera,
 No me inclinara de continuo tanto;
 Si desto ya avisado no estuviera,
 Por cierto ten que agora ni este amigo
 Tuyo ni mi Menalca vivo fuera.

LICIDAS.

¡Ay! ¿cabe tal maldad, ni en enemigo?
 ¡Ay! casi nuestras fiestas acabadas,
 Menalca, y nuestros gozos ya contigo.
 ¿Quién liciera en las fuentes enramadas?
 Quién cantara á las ninfas de continuo?
 Quién sembrara con flores las majadas?
 O los versos que ayer con arte y tino
 A la Amaril hurté calladamente,
 Cuando conmigo á solazarse vino.
 Titiro, en cuanto vuelvo prestamente,
 Las cabras apacienta, y en paciendo,
 Llévalas á la pura y fresca fuente;
 Llévalas, y al llevar ten cuenta yendo
 No enojas al cabron, porque enojado
 Hiere mal, con el cuerno acometiendo.

MERIS.

O lo que para Varo no acabado,
 Mas lleno de primor y de dulzura
 Cantaba, deleitando monte y prado.
 Los cisnes tu loor (si Mantua dura,
 Si Mantua, de Cramona ¡ay! mal vecina)
 Cantando, subirán en grande altura.

LICIDAS.

Ansí huye tu enjambre de malina
 Arbor, ansí las ubres tu vacada
 Con pasto bueno extiende á la continua.
 Di si te acuerda de algo, que me es dada
 La flauta á mi tambien, y de mi canto
 Dicen que á los pastores mucho agrada.
 Bien que no les doy fe, ni daré cuanto
 No merezco de Varo ser oído,
 Mas como entre los cisnes ansar, canto.

MERIS.

En eso mesmo estoy embebecido,
 Si pudiese tornallo á la memoria,
 Que no merece ser puesto en olvido.
 ¿Qué pasatiempo hallas ó qué gloria
 En las hondas? ¡Oh! aquí vén, Galatea,
 Adó de sus esmaltes hace historia.
 Adó el verano bello hermosea
 Y pinta la ribera, pinta el prado
 Y todo en derredor cuanto rodea.
 Aquí el álamo blanco levantado
 Hace sombra á la cueva deleitosa,
 Aquí teje la vid verde sobrado,
 Aquí hace la vid estanzosa umbrosa;
 Aquí pues vén ya, y deja que en la arena
 Golpee á su placer la mar furiosa.

LICIDAS.

¿Y lo que yo te oyera una serena
 Noche? Que si los versos hora olvido,
 Su tono en mis orejas siempre suena.

MERIS.

Dafni, ¿qué miras, todo convertido
 A los antiguos signos? Qué mas bella
 Que otra mas bella luz ha parecido?
 Mira cuál sale y sube la alta estrella
 De César, con la cual se goza el trigo,
 Y las nvas colora en la vid ella.
 Engiere con aquesta luz que digo,
 Engiere, Dafni, los perales luego;
 Tus nietos cogerán el fruto amigo.
 Todo lo lleva el tiempo, y aun el fuego
 Del gusto y del sentir; que yo solia
 Largos soles pasar en canto y juego.
 Y agora ya gastada el alma mia,
 En demás de mil versos que me olvido,
 La voz misma me huye y se desvia.
 Primero de los lobos visto he sido;
 Mas cien veces aquesto todo arreo
 Te será por Menalca referido.

LICIDAS.

Con achaques dilatas mi desseo,
 Y el mar se calla agora sosegado,
 Y ni resuena el viento, segun veo.
 Sus murmullos los aires han echado,
 Y este es el medio espacio que aparece,
 Adonde el Bianor está enterrado.
 Aquí sentados pues, si te parece,
 Cantemos; aquí asienta los corderos,
 Que en la villa estarás cuando anochece.
 Y si temes algunos aguaceros
 Al venir de la noche, así cantando
 Irémos mas alegres y ligeros.
 El camino el cantar irá aliviando,
 Y yo te aliviaré de aqueste peso,
 Porque cantemos yendo caminando.

MERIS.

Pon, Licida, ya fin á este proceso,
 Hagamos lo que hacemos de presente;
 Que el tiempo y la sazón de todo eso
 Es cuando aquel tornare á estar presente.

ECLOGA X.

Extremum.

Este favor de tí, que es ya el postrero,
 Me sea, oh Aretusa, concedido.
 De Galo algunos versos decir quiero,
 Mas versos que convengan al oído.
 De la Licoris, lazo estrecho y fiero
 En que padece preso el afligido;
 Que ¿quién jamás con buena y justa excusa
 A Galo negará su verso y musa?
 Concédeme pues, ninfa, alegremente
 Esta merced debida y deseada;
 Ansí, cuando huyendo tu corriente
 Debajo de la mar va apresurada,
 La Doris no inficione osadamente
 Con su amargor tu agua delicada.
 Comienza, y digamos el cuidado
 De Galo, mientras paze mi ganado.
 Los montes dan oído á nuestro canto,
 Que tienen y los montes sus oídos,
 Y á cuanto les cantamos, otro tanto
 Al punto dellos somos respondidos.
 Mas, mayadas, ¿qué selva amastes tanto?
 Qué bosque así ocupó vuestro sentido
 Cuando de amores Galo parecia,
 Pues ningún monte docto os detenía?
 Que cierto es que ni el Pindo ni el Parnaso
 De algun detenimiento causa os fueron,
 Ni el Aganipe Aonia de Pegaso,
 Ni la Castalia fuente os detuvieron;
 Y fué tan lastimoso y duro el caso,
 Que dél los miserables se dolieron;
 Lloró el pino y lloró el laurel febeo,
 Y el Ménalo y las peñas de Liceo.
 Y las ovejas mismas lastimadas,
 Juntas con él estaban de continuo;

A ellas no les pesa ser guiadas
 Por tí, el mayor poeta y mas divino;
 No deben ser de tí menospreciadas;
 No juzgues que el ganado no te es dino,
 Pues fué de bello Adoni apacentado
 Por prados y riberas el ganado.
 Y vino el ovejero, y vino luego
 El porquerizo, y vino el gordo hinchado
 Menalca de bellota; y tanto fuego
 Y tanto amor ¿de dónde? han preguntado;
 Y tambien vino Apolo, y dice: «Ruego
 Me digas qué locura te ha tomado.
 Licori, por quien, Galo, estás muriendo,
 A otro por las nieves va siguiendo.»
 Y vino el dios Silvano, y parecia
 Que sacudiendo recio meneaba
 Dos lilios y espadañas que traía,
 Con que la frente en torno coronaba;
 Y el dios de Arcadia, Pan, tambien venia,
 Con rostro rubicundo que agradaba;
 Por nuestros ojos mismos visto ha sido,
 De negras moras y carmin teñido.
 Y ¿cuándo has de dar fin á tu tormento?
 Que destas cosas, dice, amor no cura;
 Que nunca amargo lloro y sentimiento
 Hartaron del amor la hambre dura,
 Ni se vió amor de lágrimas contento,
 Ni cabra de pacer rama y verdura,
 Ni de flor las abejas, ni los prados
 De en agua de continuo andar bañados.
 El, sin embargo desto, doloroso
 Y triste respondió: «Vos, los pastores
 De Arcadia, cantaréis con lastimoso
 Verso por vuestros montes mis dolores
 Vosotros que en el canto artificioso
 Sois únicos maestros y cantores;
 Reposará mi alma ¡oh, en qué alegría!
 Si canta vuestra voz la suerte mia.
 »Y aun ¡oh! si de vosotros fuera yo uno,
 O guarda de ganado ó viñadero,
 Si amara á Fili, Aminta ú otro alguno
 (Que si es moreno Aminta, no es tan fiero),
 Tendido so las sauces de consuno,
 Gozaramos en paz del bien postrero;
 La Fili de guirnalda me cercara,
 Y Amintas con su canto me alegrara.
 »Aquí prados habia deleitosos,
 Aquí, Licori, hallarás fuentes frias,
 Y aquí, si te agradara, en amorosos
 Deseos traspasáramos los dias;
 Mas ¡ay! que agora, amor, por peligrosos
 Pasos llevas mis locas fantasias,
 Y entre las armas fieras y el bramido
 De Marte tienes preso mi sentido.
 Y de la patria tú, de mi alejada
 (Mas nunca crea yo tal desventura),
 Sola y sin mí, la nieve Alpina helada,
 Y ves del Rin la sierra helada y dura;
 ¡Ay! no ofenda á tu carne delicada
 El frío, ó menoscabe tu hermosura;
 No corte de tu planta el cuero tierno
 La escarcha rigurosa del invierno.
 Lo que en verso calcidico he compuesto
 Poner quiero en la flauta siciliana,
 Y entre las selvas y alimañas puesto,
 Quiero pasar mi duelo y pena insana;
 Entallaré en los árboles aquesto
 Y tu quebrada fe, Licori, y vana;
 Ellos creciendo se harán mayores,
 Y creceréis con ellos, mis dolores.
 Y á veces con las ninfas paseando,
 Del Ménalo andaré por los oteros,
 O si me diere gusto, iré cazando
 Los tímidos venados y ligeros;
 Sin ser conmigo parte, ni lanzando
 O nieve el cielo, ó piedra ó rayos fieros,
 Serán de mí con perros rodeados
 Los valles del Partenio y los collados.
 Y se me representa ya y figura
 Que voy por los peñascos discurriendo;
 Ya voy por la montaña espesa, oscura,
 Ya encorvo el arco turco, ya le extiando;

¡Ay! como si salud á mi locura
Diese lo que ahora triste voy diciendo,
O como si del mal del pecho humano
Supiese condolerse aquel tirano.
Mas ya ni quiero niufas ni cantares,
Los versos no me placen ni los quiero,
Ni gusto por montañas y lugares
Asperos perseguir el puercu fiero;
Las selvas no remedian mis pesares
Ni la cruel herida de que muero;
Ni estudio mio ¡oh pena, oh triste duelo!
Podrán mudar aquel que abrasa el suelo.
No pueden, ni si enmedio del invierno
Pusiese dentro el pecho el Ebro helado,
Ni si cuando del olmo el cuero interno
Se seca en los Guineos, su ganado
Paciese encomendado á mi gobierno,
Y cuando el sol en Cancro está encumbrado;
Y pues vencido amor todo lo tiene,
Rendirnosle de fuerza nos conviene.
Esto me baste, oh Musa, haber cantado
En cuanto un cauastillo estoy tejiendo
A Galo, cuyo amor, cual bien plantado
Alamo, en mí por horas va creciendo;
Alto, que el ya á la sombra estar sentado
Daña, y de enebro mas la sombra siendo,
Y aun á las mieses son las sombras frias;
Id hartas, que anochece, id, cábras mias.

ODAS DE HORACIO FLACO.

ODA PRIMERA DEL LIBRO PRIMERO.

De claros reyes claro descendiente,
Mecénas, mi honra toda y grande amparo,
A unos les agrada la carrera
Y polvo del Olimpo, y la columna
Con arte y con destreza no tocada
De la hervorosa rueda, y la victoria
Noble, si la consiguen, con los dioses,
Señores de la tierra, los iguala;
A otro, si á porfia el variable
Vulgo le sube á grandes dignidades;
A otro, si recoge en sus paneras
Cuanto en las eras de Africa se coge.
Con quien gusta del campo y su labranza,
No será parte de Atalo el tesoro
A menealle dél, y hacer que corra
La mar, hecho medroso navegante.
En cuanto al mercader le dura el miedo
De cuando el vendaval conmueve guerra
Al golfo Icario, loa á boca llena
Los prados de su pueblo y el sosiego;
Mas luego, á la pobreza no se haciendo,
Se torna á rehacer la rota vela.
Algunos hay tambien á quien no pesa
Con el sabroso vino, ni de al dia
Sus ciertos ratos darse á buena vida,
A veces so la sombra verde puestas,
A veces á la pura y fresca fuente.
Ama los escuadrones el soldado,
Y el son del atambor y la pelea,
De las que madres son tan maldecida.
El que la caza sigue, persevera
Al hielo y á la nieve, descuidado
De su moza mujer, si acaso han visto
Los perros algun corzo, y si ha rompido
El bravo jabali las puestas redes:
A mí la yedra, premio y hermosura
De la gloriosa fuente, me parece
Una divinidad; el monte, el bosque,
El baile de las ninfas, sus cantares
Me alejan de la gente, y mas si sopla,
Euterpe, tu clarín, y Polihimnia
No deja de me dar la lesbía lira.
Y así, si tú en el número me pones
De los poetas líricos, al cielo
Que toco pensaré con la cabeza.

LA MESMA.

Ilustre descendiente
De reyes, oh mi dulce y grande amparo,
Mecénas, verás gentes
A quien el polvoroso Olimpo es caro,
Y la señal cercada
De la rueda que vuela, y no tocada;
Y la noble vitoria
Los pone con los dioses soberanos.
Otro tiene por gloria
Seguir del vulgo los favores vanos,
Y otro, si recoge
Cuanto en las eras de Africa se coge.
Aquel que en labranza
Sosiega de las tierras que ha heredado,
Aunque en otra balanza
Le pongas del rey Atalo el estado,
Del mar Mirtoo dudoso
No será navegante temeroso.
El miedo mientras dura
Del fiero vendaval al mercadante,
Alaba la segura
Vivienda del aldea, y al instante,
Como no sabe hacerse
Al ser pobre, en la mar torna á meterse.
Habrá tambien alguno
Que ni el banquete pierda ni el buen dia
Que hurta al importuno
Negocio el cuerpo, y dase al alegría,
Ya so el árbol florido,
Yá junto nace adó el agua tendido.
Los escuadrones ama
Y el son del atambor el que es guerrero,
Y á la trompa que llama
Al fiero acometer mueve el primero;
La batalla le place,
Que á las que madres son tanto desplace.
El que la caza sigue,
Al hielo está, de si mismo olvidado,
Si el perro fiel prosigue
Tras del medroso ciervo, ó si ha dejado
La red despedazada
El jabali cerdoso en la parada.
La yedra, premio dino
De la cabeza docta, á mí me lleva
En pos su bien divino;
El bosque fresco, la repuesta cueva,
Las ninfas, sus danzares,
Me alejan de la gente y sus cantares.
Euterpe no me niegue
El soplo de su flauta, y Polihimnia
La citara me entregue
De Lesbó, que si á tu juicio es dina
De entrar en este cuento
Mi voz, en las estrellas haré asiento.

ODA IV, LIB. I.—*Solvi acris.*

Ya comienza el invierno riguroso
A templar su furor con la venida
De Favonio suave y amoroso,
Que nuevo ser da al campo y nueva vida;
Y viendo el mercadante bullicioso
Que á navegar el tiempo le convida,
Con máquinas al mar sus naves echa,
Y el ocio torpe y vil de sidesecha.
Ya no quiere el ganado en los cerrados
Establos recogerse, ni el villano
Huelga de estarse al fuego, ni en los prados
Blanquea ya el rocío helado y cano;
Ya Venus con sus ninfas concertados
Bailes ordena, mientras su Vulcano
Con los ciclopes en la fragua ardiente
Está, al trabajo atento y diligente.
Ya de verde arrayan y varias flores,
Que á producir el campo alegre empieza,
Podemos componer de mil colores
Guirnalda que nos ciñan la cabeza.
Ya conviene que al dios de los pastores
Demos en sacrificio una cabeza

ODA XIV, LIB. I.—*O navis.*

¡Tornarás por ventura
A ser de nuevas olas, nao, llevada
A probar la ventura
Del mar, que tanto tienes ya probada?
¡Oh! que es gran desconcierto,
¡Oh! toma ya seguro, estable puerto.
¿No ves desnudo el lado
De remos, y cuál crujen las antenas
Y el mástil quebrantado
Del ábrego ligero, y cómo apenas
Podrás ser poderosa
De contrastar así la mar furiosa?
No tienes vela sana,
Ni dioses á quien llames en tu amparo,
Aunque te precies vana-
mente de tu linaje y nombre claro,
Y seas noble pino,
Hijo de noble selva en el Euxino.
Del navío pintado
Ninguna cosa fia el marinero
Que está experimentado,
Y teme de la ola el golpe fiero;
Pues guárdate con tiento,
Si no es que quieres ser juego del viento.
Oh tú, mi causadora
Antes de congoja y de pesares,
Y de deseo agora
Y no poco cuidado, huye las mares
Que corren peligrosas
Entre las islas Cicladas hermosas.

ODA XIX, LIB. I.—*Mater.*

La madre de amor cruda,
Y el hijo de la Semeles tebana,
Y la lascivia vana,
A la alma que ya está suelta y desnuda
De amar le mandan luego
Que torne y que se abraze en vivo fuego.
El resplandor me abraza
De Glicera, que mas que mármol fino
Reluce, y me hace brasa
Lo esquivo, dulce della y del divino
Rostro un no sé qué que espira,
Grande deslizador á quien le mira.
Con ímpetu viniendo
En mí la Venus, toda desampara
Su Cipro dulce y cara,
Y ni que el scita quiere, ni el que huyendo
Valiente se mantiene,
Ni que diga lo que ni va ni viene.
Aquí incienso y verbena,
Aquí céspedes verdes juntamente,
Y aquí poned, mi gente,
De vino de dos años una llena
Taza; que por ventura
Vendrá, sacrificando, menos dura.

ODA XXII, LIB. I.—*Integer.*

El hombre justo y bueno,
El que de culpa está y mancilla puro,
Las manos en el seno,
Sin dardo ni zagaya va seguro,
Y sin llevar cargada
La aljaba de saeta enherbolada.
O vaya por la arena
Ardiente de la Libia ponzoñosa,
O vaya por do suena
De Hidaspes la corriente fabulosa,
O por la tierra cruda,
De nieve llena y de piedad desnuda;
De mí sé que al encuentro,
Mientras por la montaña vagueando,
Mas de lo justo entro
Sin armas, y de Lalaje encantado,
Me vido, y mas ligero
Que rayo huyó un lobo carnicero;

De nuestro hato, ó sea corderillo,
O, si él quisiere mas, un cabritillo.
¿Qué bien tienes, oh Sexto, ya entendido
Que la muerte amarilla va igualmente
A la choza del pobre desvalido
Y al alcázar real del rey potente!
La vida es tan incierta, y tan medido
Su término, que debe el que es prudente
Enfrenar el deseo y la esperanza
De cosas cuyo fin tarde se alcanza.
¿Qué sabes si hoy te llevará la muerte
Al reino de Pluton? donde mal dado
Jugarás si te cabe á ti la suerte
De ser rey de banquete convidado.
Ni te consentirán entretenerse
Con el hermoso Licida, tu amado,
De cuyo fuego faltarán centellas,
Que enciendan en amor muchas doncellas.

ODA V, LIB. I.—*Quis multa.*

¿Quién es, oh Nise hermosa,
Con aguas olorosas rociado,
El que en lecho de rosa
Te ciñe el tierno lado,
Y á quién en nudos bellos
Con simple aseo peinas los cabellos,
Ordenas? ¿Cuántas veces
Su dicha llorará y fe mudada,
Y del favor las veces,
¡Ay! y la mar airada
Sus vientos, su rencilla
Contemplará con nueva maravilla.
El que te goza agora
Y tiene por de oro, y persuadido
De liviandad, te adora,
Y ser de ti querido,
Y siempre y solo, espera,
No sábio de tu ley mudable y fiera
Es, triste y sin ventura,
En cuyos ojos luces no probada;
Yo, como la pintura
Por voto al templo dada
Lo muestra, he ofrecido
Mojado, á dios del mar, ya mi vestido.

ODA XIII, LIB. I.—*Cum tu, Lidia.*

Quando tú, Lidia, alabas
La cerviz bella de color de rosa
Del Telefo, y no acabas
A llamar á los brazos y á ella hermosa,
Mi corazón llagado
Hirviendo con la cólera está hinchado.
Entonces en su asiento
No me queda el color que antes tenia;
Mas el dolor que siento
Por mi rostro las lágrimas envia,
De las cuales presumo
Cuán con pequeña llama me consumo,
En rabia y ira ardiendo,
Si las burlas con vino demasiado
Tanto fueron creciendo.
Que han tus hermosos hombros señalado,
Y si el mozo atrevido
Tus colorados labios ha mordido.
Mas temí que, Señora,
No esperaras de ver siempre constante
Quien los besos, que adora
El verdadero amante,
Daño, como grosero,
Do puso Venus su contento entero.
¡Oh dichosos amantes,
A quien prendas de amor puro y sincero
Entre sí tan constantes
Tiene con un amor tan verdadero,
Cual no será rompido
En cuanto al cuerpo el alma habrá regido!

Y creo que alimaña
Mas fiera y espantosa no mantiene
La mas alta Alemania
En sus espesos bosques, ni la tiene
La tierra donde mora
El moro, de fiereza engendradora.
O ya en aquella parte
Que siempre está sujeta al inclemente
Cielo, do no se parte
Espesa y fria niebla eternamente,
Do arbol no se ve,
Ni soplo de aire blando que le oree;
O ya me ponga alguno
En la region al sol mas allegada,
Do no vive ninguno,
Siempre será de mí Lalaje amada,
La del reir gracioso,
La del parlar muy mas que miel sabroso.

ODA XXXIII, LIB. I.—*Vitas*.

Rehuyes de mí, esquivas
Cual el corcillo, oh Cloe, que llamando,
La madre fugitiva
Por los no hollados montes va buscando,
Y no sin vano miedo
De la selva y del viento nunca quedo;
Porque sí ó la venida
Del céfiro las hojas meneadas
Eriza, ó si escondida
La verde lagartezna las trabadas
Zarzas movió, medroso
Con pecho y con pié tiembla sin reposo.
Pues yo no te persigo
Para despedazarte cruelmente,
O cual tigre enemigo
O cual leon en Libia; finalmente,
Deja, ya casadera,
El seguir á tu madre por do quiera.

ODA XXX, LIB. I.—*O Venus*.

Oh Venus tan temida,
De Gnido y Pafos reina poderosa,
Desampara la hermosa
Cipro, do fuiste siempre tan querida,
Y pásate volando
Adó está mi Glicería llamando.
Venga en tu compañía
Tu niño burlon y apresurado,
Y las ninfas querria
Con las gracias trajeses á tu lado,
La mocedad sabrosa,
Do si no bulle amor, es triste cosa.

ODA XXXIII, LIB. I.—*Albi*.

¡Ay! no te duelas tanto,
Tibulo, ni te acuerdes de olvido
De Glicera, ni en canto
Publicques tus querellas dolorido,
Si por un bien dispuesto
Mozo la fe mentida te has pospuesto.
Porque sabrás que muere
Por Ciro Licorisa la hermosa,
Y Ciro no la quiere,
Y vase en pos de Foloe, desdeñosa,
Y yo sé que primero
Se amistarán el lobo y el cordero.
A Venus así place
De aprisionar diversos corazones
En duro lazo, que hace
Compuesto de disformes condiciones,
Y de nuestro error ciego
Saca su pasatiempo y crudo juego.
Por mí lo sé, que siendo
De un principal amor muy requestado,
Yo mesmo consintiendo,
La Mirtale me tiene aherrrojado,

La cual es medio esclava,
Y mas enojadiza que mar brava.

ODA VIII, LIB. II.—*Ulla si jurts*.

Si, Nise, en tiempo alguno
Haber quebrado tú la fe jurada,
Daño tan solo uno
Pusiera en tí, afeada
En la uña siquiera,
O solo un diente en tí se ennegreciera,
Yo te creyera agora;
Mas por el mismo caso que perjura
Te muestras, se mejora
Muy mas tu hermosura,
Y sales hecha luego
Público y general estrago y fuego;
Y ganas, aunque jures
Por las cenizas de tu madre heladas,
Y luego te perjures,
Y aunque por las calladas
Luces celestiales
Jures, y por los dioses inmortales;
Que burla destas cosas,
Y destas juras Venus, y el ligero
Pecho de las hermosas
Ninfas y el amor fiero,
Que su saeta ardiente
Aguza en crueldad perpétuamente.
Y hácese mayores,
Creciendo para tí los mozos todos,
Y en nuevos servidores
Creces, y de tus modos
No huyen crudos fieros,
Por mas que lo amenacen los primeros.
De tí la cuidadosa
Madre guarda sus hijos y el avaro
Padre, de tí la esposa
Cela el esposo caro,
Cuitada si no viene,
Pensando que tu vista le detiene.

IMITACION DE LA ODA IX, LIB. II.—*Non sempcr*.

No siempre decendiendo
La lluvia de las nubes, baña el suelo,
Ni siempre está cubriendo
Los campos con la escarcha el torpe hielo,
Ni está la mar salada
Siempre con tempestades alterada.
Ni en la áspera montaña
Los vientos, de continuo haciendo guerra,
Ejecutan su saña,
Ni siempre en la alta sierra
Desnuda la arboleda
Sin hoja, Nise, y sin verdor se queda.
Mas tú continuamente
Insistes en llorar á tu robada
Madre con voz doliente,
Ni á tí la luz dorada
Del sol cuando amanece
Mitiga tu dolor, ni si anochece.
Pues no lloró al querido
Antíloco sin fin el padre anciano,
Que tres edades vido,
Ni siempre en el troyano
Suelo fué lamentado
El príncipe Troilo, en flor cortado.
Da fin ya á tus querellas,
Y vuelta al dulce canto que solias,
O canta mis centellas,
O tus duras porfias,
Que convierten en rios
Los siempre lagrimosos ojos míos.
Di cómo me robaste
De enmedio el tierno pecho el alma y vida;
Di cómo me dejaste,
Jamás de mí ofendida,
Y como tú de ingrata
Te precias, y de amar yo á quien me mata.

ODA XIV, LIB. II.—*Heu*.

Con paso presuroso
Se va huyendo ¡ay Póstumo! la vida,
Y por mas religioso
Que seas, no dilatas la venida
A la vejez, ni un hora
Detienes á la muerte domadora;
No, aunque en sacrificio
Degüelles cada dia que amanece
Mil toros por servicio
Del dios Pluton, que nunca se enternece,
Que estrecha la grandeza
Del Ticio con las aguas de tristeza.
Por do pasaron todos
Cuantos la liberal tierra mantiene,
Ansi el que de los godos
Deciende y en su mano el cetro tiene,
Como los labradores
Que viven de tan solo sus sudores.
Y no servirá nada
No haber en la cruel batalla entrado
Ni de la mar airada
Las bravas olas nunca haber probado,
Y en el otoño en vano
Huido habrás el ábrego mal sano.
Que del Cocito oscuro
Las aguas perezosas es forzado
Que veas, y que el duro
Trabajo á que Sisifo es condenado,
Y la casta alevosa
De Danae, y su suerte trabajosa.
Y que dejes muy presto
La casa, tierra y la mujer amada,
Y que solo funesto
El ciprés te acompañe en la jornada,
Solo de todas cuantas
Plantas, para dejar en breve, plantas.
Y tus vinos, guardados
Debajo de cien llaves, del dichoso
Herederero gastados
Serán, y del licor, que en suntuoso
Convite aun no he gustado,
De tu casa andará el suelo bañado.

ODA XVIII, LIB. II.—*Non ebur*.

Aunque de marfil y oro
No está en mi casa el techo jaspeado
Con la labor del moro,
Ni las vigas de Himecia sustentado
Columnas muy labradas
De los confines de Africa acortadas;
Y aunque no fui herederero
De las riquezas de Atalo y su estado,
Ni tengo en mi granero
El trigo que en la Apulia se ha sembrado,
Ni envian mis criadas
De Colonia las granas adobadas;
Pero una mediania
Con un ingenio y vena razonable
Tengo, con que me hacia,
Aunque pobre, á los ricos agradable,
Y en aquesta pobreza
Nunca pedí á los dioses mas riqueza.
Ni pido al poderoso
Amigo que me dé mayor estado,
Pues llamo yo dichoso
Al que me da mi granja y campo amado,
Y veo cuál se alejan
Los días, que vuelan, y vejez me dejan.
Tú buscas oficiales,
Casi entregado á la vejez odiosa,
Que te corten iguales
Los mármoles y losa
Para edificar casa, ya olvidado
De la muerte, que tienes tan al lado.
Y poco le parece
A tu avaricia toda la ribera;
Que á edificar se ofrece
Dentro del mar, quizá porque acá fuera

Y cómo, aunque fallece
En mí ya la esperanza y alegría,
La fe viviendo, crece
Mas firme cada dia,
Y siendo el agraviado,
Perdon ante tus piés pido humillado.

ODA X, LIB. II.—*Rectius*.

Si en alta mar, Licino,
No te engolfares mucho, ni temiendo
La tormenta, el camino
Te fueres costa á costa prosiguiendo,
Entre la demás gente
Sabrosa vivirás y dulcemente.
Que quien con amor puro
La dulce mediania ama y sigue,
Está libre y seguro
De las miserias en que el pobre vive,
Y carece de grado
Del palacio real rico, envidiado.
Que al fin mas cruda guerra
El viento hace al pino mas crecido,
La torre viene á tierra,
Cuanto es mas alta con mayor ruido,
Los montes ensalzados
Mas veces de los rayos son tocados.
En los casos aviesos
No pierde la esperanza, ni confia
En los buenos sucesos
El ánimo que está de noche y dia,
Para ser combatido,
De templanza y valor apercebido.
Con lluvia y noche oscura
Si el cielo se escurece, él se serena;
No si falta ventura
Agora, ha de durar siempre la pena;
Que Apolo ya su musa
Despierta, y ya del arco y flechas usa.
En las dificultades
Te muestra de animoso y fuerte pecho,
Y en las prosperidades,
Cuando el favor sopla mas derecho,
Recoge con buen tiento
La vela que va hinchada con el viento.

IMITACION DE LA ODA XII, LIB. II.—*Nolis*.

El canto y lira mía
No dicen las escuadras, las francesas
Banderas en Pavia
Captivas, ni las armas cordobesas,
Ni el nuevo mundo hallado,
Ni el mar con turca sangre hora bañado.
A son de trompa clara
Y con heróico verso á tí conviene,
Grial, cantar la rara
Virtud del de Vivar, que par no tiene,
O con mas libre pluma
Hacer de nuestros hechos rica suma.
Mi musa no se emplee
Mas de en la ilustre Nise, en su hermosura,
Que el sol igual no ve,
La luz de su mirar, y la dulzura
Su voz, que cuando suena
Alimpia de dolor el alma y pena.
¿Por dicha habrá tesoro
Que á su rico cabello se compare,
Aunque se junte el oro
Que el indiano suelo engendra y pare,
Y cuanta pedrería
Ormuz á Portugal y Persia envia?
Pues ¿qué sentido os deja,
Que la libertad no roba, cuando inclina
Al beso, ó falsa aleja
La boca hermosísima, y se indina,
Amando el ser forzada,
Y á veces ella os besa, no rogada?

No te sufre la tierra;
Pues allá hallarás quien te haga guerra.
Tomando vas á todos
Tus vasallos las tierras que han comprado,
Y por todos los modos
Que puedes en sus tierras te has entrado,
Y de sal avarienta,
Solo á robarlo así no estás contento.
A la mujer cuitada,
Cargada con sus hijos, vas echando
De su pobre morada,
Su dura suerte y tu crueldad culpando,
Y el marido lloroso
Venganza pide al cielo poderoso.
A aquestos les consuela
Ver que aqueste señor de grande estado
El infierno le espera,
Do será por menudo castigado
De cuantas sinrazones
Hizo tomando ajenas posesiones.
¿Qué andas imaginando
Para adquirir mas de lo adquirido?
Que la muerte domando
A todos va cuantos acá han nacido,
Así á los más señores
Como á los miserables labradores.
Pues á la centinela
Que la infernal morada está guardando,
No pienses con cautela
Ni con puro dinero ir engañando,
Pues nunca por dinero
Pudo engañar Proteo al gran portero.
Este tiene en cadena
A Tántalo y á todo su linaje,
Este saca de pena
Al pobre que la vida le era ultraje,
Y al que vive contento
Le hace gustar la muerte en un momento.

ODA IV, LIB. III.—*Descende.*

Deciende ya del cielo,
Caliope, oh reina de poesia,
Por largo espacio el suelo
Hinche de melodía,
O la flauta sonando
O ya la dulce citara tocando.
¿Ois? O mi locura
Dulce me engaña á mi; porque el sagrado
Canto se me figura
Que oyo, y que llamado,
Bosque paseo ameno,
De frescas aguas, de aire blando lleno.
En el monte Vulturo,
Do me crié en la Apulia, fatigado
En mi niñez de puro
Jugar, todo entregado
Al sueño, me cubrieron
Unas palomas que sobrevinieron,
De verdes hojas; tanto,
Que á todos admiró cuantos la sierra
Y risco de Acaranto,
Y la montuosa tierra
De Bata y de Fiñano
Moran el abundoso y fértil llano,
En ver cómo dormía,
Ni de osos ni de viboras dañado,
Y cómo me cubría
De mirto amontonado
Y de laurel un velo,
Que este ánimo en un niño era del cielo.
Por el alto Sabino
Vuestro voy, vuestro, oh musas, y do quiera
Que vaya, ó si camino
Al Tibur en ladera,
O si al Penestre frío,
O si al bayano suelo el paso guío.
Porque amo vuestros dones,
En los campos filipos en huida
Los vueltos escuadrones
No cortaron mi vida,

Ni el tronco malo y duro,
Ni en la mar de Sicilia el Palinuro.
Como os tenga primero
Connigo, tentaré de buena gana,
O hecho marinero,
Del mar la furia insana,
O hecho caminante,
Los secos arenales de Levante.
Por entre los britanos,
Fieros para los huéspedes, seguro,
Y por los guipuzcanos,
Que brindan sangre puro,
Y por la Scitia helada
Iré, y por la Gelona, de arco armada.
Cuando del trabajoso
Oficio el alto César de la guerra,
Buscando algún reposo,
En los pueblos encierra
La gente de pélea,
Con vosotras se asconde y se recrea.
Vosotras el templado
Consejo y la razon dais, y por gloria
Teneis haberle dado;
Que pública es la historia
De la titana gente,
Cómo la destruyó con rayo ardiente
Quien los mares ventosos,
Quien la pesada tierra, quien los muros
Altos y populosos,
Y los reinos oscuros,
Y solo él los mortales
Y los dioses con leyes rige iguales.
Bien es verdad que puso
Aquella fiera gente, confiada
En sus brazos, confuso
Temor en la morada
Soberana del cielo,
Adó subir quisieron desde el suelo.
¿Qué mas parte podían
Ser Mimas ni Tifon ni el desmedido
Porfirio? ó ¿qué valían
El Reto, el atrevido
Encelado, que echaba
Los árboles al cielo, que arrancaba,
En contra el espantoso
Escudo de la Pálas? A su parte
Vulcano hervoroso
Y Juno estaba y Marte,
Y quien jamás desecha
De sus hombros la aljaba ni la flecha;
Y baña en la agua pura
Castalia sus cabellos, y es servido
De Licia en la espesura,
Y el bosque do ha nacido
Posee, y el que solo
En Delo y en Patara reina, Apolo.
De sí misma es vencida
La fuerza sin consejo y derribada,
Mas la cuerda y medida
Del cielo es prosperada,
A quien la valentía
Desplace, dada al mal de noche y día.
Testigo es verdadero
De mis sentencias Gias, el dotado
De cien manos, y el fiero
Orion, el osado
Tentador de Diana,
Domado con saeta soberana.
Duelese la cargada
Tierra sobre sus partos, y agramente
Ver su casta lanzada
En el abismo siente,
Ni el fuego á la montaña
De Etna sobrepuesto gasta ó daña.
Y del vicioso Ticio
Jamás se aparta el buitre ni se muda,
A su maldad y vicio
Dado por guarda cruda,
Y está el enamorado
Pirito en mil cadenas apretado.

ODA VII, LIB. III.—*Quid fies.*

Porque te das tormento,
Asterie, no será el abril llegado,
Que con próspero viento,
De riquezas cargado,
Y mas de fe cumplido,
Tu Giges te será restituido,
Que en Orico de agora,
Después de las Cabrillas revoltosas,
Del viento guiado, mora,
Las noches espaciosas
Y frías desvelado
Pasa, y de largo lloro acompañado.
Bien que con maña y artes
De su huéspedes Eloe, el meusajero
Le tienta por mil partes,
Diciendo el dolor fiero
En que la triste pasa,
Y cómo con tu fuego ella se abraza.
Y cómo la alevosa
Antea movió á Preto con fingida
Querella, apresurosamente
Mente quitar la vida
Al casto en demasia
Belerofonte, el mismo le decia.
Y cuenta cómo puesto
En el último trance fué Peleo,
Mientras que huye honesto
Hipólito, y arreo
Le trae toda la historia
Del mal ejemplo el falso á la memoria,
En balde, porque á cuanto
Le dice está mas sordo que marina
Boca, ni por espanto
Ni por ruego se inclina;
Tú huye por tu parte
De Enipeo, tu vecino, enamorado.
Aunque ni en la carrera
Ninguno se le iguala, ni con mano
Revuelve mas ligera
El caballo en el llano,
Ni con igual presteza.
Nadando, corta el Tibre su braveza.
Ensiendo anochecido
Tu puerta cierra, y no abras la ventana
Al canto dolorido
De la flauta alemana,
Y aunque mil veces fiera,
Tú mas dura en no oírle persevera.

ODA IX, LIB. III.—*Donec gratus.*

HORACIO.
Mientras que te agradaba,
Y mientras que ninguno mas dichoso
Los brazos anudaba
Al blanco cuello hermoso,
Mas que el persiano rey fué venturoso.
LIDIA.
Y yo mientras no amaste
A otra mas que á mí, ni desdichada,
Por Cloe me dejaste,
De todos alabada,
Y mas fui que la Iliá celebrada.
HORACIO.
A mí me manda agora
La Cloe, que canta y toca dulcemente
La vigüela sonora,
Y porque se acrecienta
Su vida, moriré yo alegremente.
LIDIA.
Y yo con inflamado
Amor á Calais quiero y soy querida,
Y si el benigno hado
Le da mas larga vida,
La mia daré yo por bien perdida.

E. XVI-II.

HORACIO.

Mas ¿qué, si torna al juego
Amor, y torna á dar firme lazada?
¿Si de mi puerta luego
La rubia Cloe apartada,
A Lida queda abierta y libre entrada?

LIDIA.

Aunque Calais hermoso
Es mas que el sol, y tú mas bravo y fiero
Que mar tempestuoso,
Mas que pluma ligero,
Vivir quiero contigo, y morir quiero.

ODA X, LIB. III.—*Extremum.*

Aunque de Scitia fueras,
Aunque mas bravo fuera tu marido,
Condolerse debieras,
Lice, del que ofrecido
Al cierto tienes en tu umbral tendido.
La huerta, la arboleda
¿No ves, del fiero viento combatida,
Cuál brama? ¿Cuál se queda
La nieve ya caída,
Del aire agudo en el mármol convertida?
Deja; que es desamada
De Venus esa tu soberbia vana;
No te halles burlada.
No te engendró Toscana
A ser, como Penélope, inhumana.
¿Oh! aunque á domeñarte
Ni tu marido, de otro amor trocado,
Ni ruego ni oro es parte,
Ni del enamorado
La amarillez teñida de violado;
Un poco de mesura
Usa conmigo, oh sierpe mas que yerta
Encina y roble dura;
Que no siempre tu puerta
Podré sufrir al agua descubierta.

ODA XVI, LIB. III.—*Inclusam.*

Asaz tenia guardada
A Danae de noturnos amadores,
La torre fabricada
De metal, y de perros veladores
La centinela alerta,
Y mas fuerte que acero la gran puerta,
Si del padre medroso,
Guardador de la virgen, no burlaran
Venus y el poderoso
Júpiter, y ambos juntos acordaran
Ser seguro camino
Para entrar, convertirse en oro fino.
El oro tienetanta
Fuerza, que va por medio de la guerra,
Y las piedras quebranta
Con mas fuerza que el rayo viene á tierra,
Por oro destruida
Fué la casa de Argivo esclarecida.
El rey Filipo hendía
Las puertas y los muros torreados
Con dones, y vencia
A los reyes contrarios obstinados;
Pone el don extranjero
Al feroz capitán grillos de acero.
Cuanto mas va creciendo
La riqueza, el cuidado de juntalla
Tanto mas va subiendo,
Y la sed insaciable de aumentalla;
Por eso huyo medroso,
Mecénas, el ser rico y poderoso.
Al que menos codicia
Le da Dios y se harta fácilmente;
Dejando de avaricia,
El bando sigo de la pobre gente,
Y huyo muy contento
Del real del que es rico y avariento.